

## **Commemoración del sesquicentenario de la fundación del Establecimiento de Ciencias Médicas \***

**PALABRAS EN NOMBRE DEL DOCTOR CARLOS GUAL CASTRO, PRESIDENTE DE LA ACADEMIA, DICHAS POR EL DOCTOR JUAN SOMOLINOS PALENCIA, SECRETARIO DE LA CORPORACION**

El doctor Carlos Gual, Presidente de esta Academia, organizó desde hace unos meses la celebración del acto que hoy nos congrega. Esta reunión lleva un mensaje de gratitud hacia aquellos que han entregado su vida a la enseñanza, el fomento y difusión de las actividades médicas y nos da la ocasión de insistir sobre la vieja y creciente relación que nos une a la Facultad de Medicina.

El particular interés del doctor Gual en que esta Corporación tome parte en las festividades

del sesquicentenario del Establecimiento de Ciencias Médicas, permite meditar una vez más en nuestra educación, sus destinos, en lo que representó y representa para la Academia y para cada uno de nosotros el ideal educativo.

Una primera constancia de relación entre la Facultad y la Academia, y un primer paso hacia el perfeccionamiento pedagógico se llevó a cabo en el Establecimiento de Ciencias Médicas. Fue como resultado de la libertad científica y el esfuerzo de los mexicanos surgidos a raíz de la Independencia. Es indudable que el Establecimiento nació en un ambiente estrecho que por todas partes lo ahogaba. Sólo una compulsión fue capaz de crear sus entes. Y para dar un voto de calidad a su fundación, debemos de tener idea de cómo era la vida en el México del siglo XIX. Habrá que enlazar los acontecimientos políticos con la situación económica y social; entender que el plano cultu-

\* Este acto conmemorativo tuvo lugar el día 29 de junio de 1983 a las veinte horas, en la sede de la Academia Nacional de Medicina, con la presencia de las máximas autoridades del Sector Salud, de la Universidad Nacional Autónoma de México, de su Facultad de Medicina y de la Academia Mexicana de Cirugía.

ral heredado del movimiento ilustrado recorrió el camino del romanticismo y que a pesar de los constantes cuartelazos y del ejercicio de la fuerza bruta, hubo en México la sociedad de la inteligencia. La filosofía avanzó: el idealismo alcanzó niveles metafísicos, la ciencia conquistó a varios pensadores, que a su vez dieron los primeros pasos en la sociología. Aparecieron en la medicina de entonces nuevas palabras, nuevos conceptos, sin antecedentes que los uniesen a un pasado lógico. Las viejas teorías cósmicas y universales que pretendían encerrar todo el saber, toda la ciencia en un sistema, cayeron por su propio peso, empujadas por nuevas ideas de sentimientos románticos.

Las ciudades mexicanas en el siglo pasado tenían entre cincuenta mil y trescientos mil habitantes; los medios de comunicación eran difíciles y lentos. La fisonomía del México de entonces, en lo que se refiere al ambiente médico, también era muy distinta de la de ahora. El número total de estudiantes de medicina, de médicos en ejercicio, los escasos hospitales, y todas las actividades de la medicina en cifras globales, no llegaban al 2 por ciento de nuestra actividad médica de hoy.

Centremos nuestra historia en el 19 de octubre de 1833. Apenas llevaba quince días de ocupar la primera magistratura, cuando el doctor Valentín Gómez Farías y el Congreso emitieron aquel célebre decreto relativo a la enseñanza pública. Cuatro días después (el 23 de octubre), el gobierno creó seis establecimientos de educación; al cuarto de ellos se le dedicó a las ciencias médicas y se le alojó en el viejo convento de Belén.

La enseñanza de la medicina se robusteció en el Establecimiento de Ciencias Médicas. Desde su fundación, el doctor Casimiro Liceaga y los profesores del Establecimiento hubieron de sostener una lucha tenaz ante la indiferencia de los distintos gobiernos, absorbidos por asuntos políticos y militares. La inestabilidad hizo crisis a los tres años, cuando en julio de 1836 fue expulsado el Establecimiento del convento de Belén, con la obligación de instalarse en el exconvento del Espíritu Santo.

La clausura del Establecimiento de Ciencias Médicas y su expulsión del convento de betlemitas dio lugar a algunas decisiones entre los maestros de dicha escuela, quienes preocupados por defender los adelantos de la medicina, buscaron asociarse de manera independiente, para así librar-se de la persecución de que eran objeto.

Después de la orden de julio de 1836, la creación de la Academia de Medicina de México surgió como un paliativo para la enseñanza práctica de la medicina. A falta de referencias y por observaciones desperdigadas, sabemos que en un principio radicó en el mismo lugar que ocupara el Establecimiento de Ciencias Médicas, o sea el exconvento de betlemitas, que años atrás, en 1821, había dejado de ser hospital. Dicho convento se encontraba situado entre las calles de Vergara y San Andrés, en un predio al que hoy rodean las calles de Tacuba, Filomeno Mata y Bolívar. La

sola aparición de la Academia, fertilizó el conocimiento de la medicina, y se ofreció como una esperanza a la asfixia que la profesión médica venía padeciendo.

Ante los requerimientos de una enseñanza médica, de un programa y un examen de aptitud, junto a una docencia práctica y unos diplomas, había la necesidad de otra enseñanza más compleja que enriqueciese el aprendizaje escolar. Faltaba ese aspecto académico de actualización, libre exposición y controversia. Los profesores del Establecimiento de Ciencias Médicas, formaron la Academia de Medicina de México, con el fin de desarrollarse ellos mismos y publicar un periódico para los demás. Nació esta primera Academia de Medicina con el espíritu de asociación; sus metas y significados se explican con las palabras de uno de sus fundadores, el doctor Luis Blaquier: "¿Qué es, pues, una Academia de Medicina, sino una consulta periódica de veinte, treinta o más médicos, sobre una numerosa colección de hechos, bien escogidos, bien relatados y sometidos a la discusión de cada uno, o a lo menos puestos en conocimiento de todos...?" "...del choque de las opiniones nace la luz..." "...el objeto de una Academia de Medicina no es pues, ni puede ser, en mi concepto, formar un cuerpo de doctrina, sino traer su tributo, su contingente a la ciencia, sea con el designio de confirmar la teoría, sea para dar a conocer hechos, procedimientos nuevos y útiles y ponerse, por sus relaciones, al nivel del arte: en dos palabras, contribuir al progreso y extender los conocimientos y descubrimientos".

En respuesta a lo anterior y debido al abandono de la medicina y la enseñanza médica, a los dos años de fundada la Academia, el director del Establecimiento de Ciencias Médicas Casimiro Liceaga aseguraba: "La ciencia y la humanidad no tienen hoy en México otro apoyo que la Academia de Medicina".

La primera Academia de Medicina estaba destinada a resolver las necesidades didácticas e informativas de los maestros del Establecimiento de Ciencias Médicas y desde entonces la Escuela de Medicina y la Academia comparten intereses que en un principio fueron los mismos, y ahora son complementarios. El impulso académico pudo continuarse por la seguridad que la Escuela de Medicina brindó siempre a la Academia; los muros de la Escuela de Medicina fueron testigos durante cien años de las actividades académicas. En las páginas del Periódico de la Academia y posteriormente las de la GACETA MÉDICA DE MÉXICO, aparece impresa la experiencia desarrollada por ambas instituciones.

Hoy, cuando más falta hace que los médicos se comuniquen y la educación es algo de suma responsabilidad, la Facultad de Medicina y la Academia persiguen un ideal ecuménico: reunir para bien de nuestra profesión la experiencia, la técnica y la cultura. Por ello declaramos nuestra unidad de entendimiento a toda hora y en todas partes.

## **PALABRAS EN HOMENAJE A LOS DECANOS DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO Y DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA, PRONUNCIADAS POR EL DOCTOR CARLOS CAMPILLO SAINZ**

La Academia Nacional de Medicina recibe hoy jubilosamente el caudal humano que año con año la enriquece y fortifica. La nueva generación de académicos habrá de formar un solo cuerpo con las ya tantas que la han precedido. En esta fusión generacional radica para la Academia la clave de su permanente identidad, mantenida a la sazón por más de un siglo. Se heredan así las mismas tradiciones, se profesan ideales comunes, se aprovechan experiencias y al compartir derechos y responsabilidades, los jóvenes académicos se ven impulsados a seguir la senda que otros mayores y más sabios han dejado trazada. A ambos grupos se dedica esta ceremonia, tanto a los nuevos miembros como a aquéllos que entre nosotros empuñaron primero la antorcha académica cuyo fuego transmiten ahora con mano firme. Ellos son: Gustavo Baz, el presidente más antiguo de la Corporación y Aquilino Villanueva, decano de los académicos.

La sesión solemne a que asistimos lo es aún más por unirse con la Universidad Nacional Autónoma de México a la celebración, este año que corre, de los 150 que lleva de fundada su Facultad de Medicina.

Por ser los académicos maestros genuinos sentimos el acontecimiento como propio. De ahí que nuestro homenaje se extienda al director de la Facultad de Medicina que lo fuera hace más tiempo, el mismo Gustavo Baz, y a los decanos de los profesores de la Facultad y de su Consejo Técnico que son respectivamente Fernando Latapí y Alberto Guevara Rojas, quienes para fortuna de todos, siguen prodigando incansablemente sus enseñanzas.

Me corresponde, por tanto, el singular honor de expresar el reconocimiento de la Corporación a los académicos y maestros decanos que acabo de mencionar. Y no se piense que tal reconocimiento es sólo en razón de la antigüedad, puesto que hay antigüedades estériles y las hay fecundas, porque no es el paso de los años lo que engendra méritos sino éstos los que por obra del hombre se generan y acumulan al correr de los años. De ahí que una larga trayectoria profesional sea tanto

más meritoria cuanto más acuse, sin mengua de energías, la perseverancia de un esfuerzo siempre enriquecido con logros nuevos. Tal es el caso de los cuatro ilustres decanos objeto de este homenaje que merecen de sobra, no por decanos sino por ilustres.

La personalidad y los merecimientos de cada uno de ellos son bien conocidos, por lo cual sería temerario e inútil referirlos ahora, así sólo fuera en sus rasgos más generales. ¿Quién no reconoce a Gustavo Baz como el iniciador del servicio social de los pasantes de medicina y el integrador de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, al frente de la cual dotó al país del primer sistema hospitalario, incluyendo los institutos de investigación? ¿Quién no asocia de inmediato el nombre de Aquilino Villanueva con la creación de las residencias médicas y las jornadas de nuestra Academia, con la fundación de la Asociación Nacional de Protección a la Infancia y el inicio de la campaña contra la tuberculosis?

Y cuando se habla de lepra y mal del pinto, se destaca señera la figura de Fernando Latapí por sus notables aportaciones al conocimiento de esas enfermedades a las cuales ha combatido en nuestro país con singular empeño. Ocupa Latapí un lugar de vanguardia en la dermatología mundial, provista hoy en día de muchos y muy eficaces recursos terapéuticos acerca de cuyos peligros no cesa de ponernos en guardia.

Prototipo de investigador infatigable y maestro nato por vocación es Alberto Guevara Rojas. Son relevantes sus numerosas investigaciones particularmente en el campo de la nefrología y en extremo valiosa su labor magisterial por el celo con que a ella se consagra, el espíritu científico a que se ajusta y el respetuoso amor a la ciencia que sabe infundir a sus discípulos, hijos espirituales suyos destinados a perpetuarlo.

Entre tantas notas de excelencia de estos médicos distinguidos una, a mi juicio, destaca entre las demás: ser ejemplo de esa alta jerarquía humana, muy escasa en nuestros días; ejemplo de talento, generosidad y perseverancia; ejemplo de buenos médicos y de hombres de bien.

A fines de los años sesenta, en la Facultad de Ciencias de la UNAM, se tributó al maestro Baz un austero pero significativo homenaje, al cual tuve el honor de asistir por ser yo entonces director de la Facultad de Medicina. Aunque sobran motivos para un acto de esa naturaleza, no acierto a recordar cuál entre ellos se invocaba en aquella ocasión particular. Estoy cierto que el maestro Baz lo recuerda como conservo yo en la memoria lo que dijo, a guisa de respuesta, al terminar sus palabras de agradecimiento. Tal vez la cita no sea literal pero la idea es estrictamente la misma: "A lo largo de mi vida no he escatimado esfuerzo alguno para servir y en lo que de ella me reste seguiré sirviendo". ¿A qué y a quién? nos preguntamos. A la medicina y a las causas nobles, a la Universidad, a México y a la humanidad que sufre.

Esta es la profesión de fe de Gustavo Baz que por los rasgos de sus vidas respectivas han hecho también suya Aquilino Villanueva, Fernando Laptá y Alberto Guevara Rojas, paladines de la medicina mexicana que son acreedores a nuestro respeto y gratitud y al de las futuras generaciones.

Que mis palabras finales sean para desear, con gran vehemencia, todo género de ventura a los decanos ilustres, objeto de este homenaje.

## **PALABRAS EN HOMENAJE A LOS ACADEMICOS MANUEL MARTINEZ BAEZ Y JOSE ANGEL PESCHARD, EN EL L ANIVERSARIO DE SU INGRESO A LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA, EXPRESADAS POR EL DOCTOR JESUS KUMATE**

En el último siglo han ocurrido cambios importantes en materia de salud:

Al inicio de la década de los treinta, la esperanza de vida era de 40 años; la mortalidad infantil de 150; el analfabetismo alcanzaba 65 por ciento y no existía seguridad social. En 1983 la esperanza de vida es de 65 años, la mortalidad infantil de 40, existe 15 por ciento de analfabetos, y más de 40 millones de mexicanos somos derechohabientes.

Los cambios operados han sido el resultado del esfuerzo de mexicanos que han marcado los rumbos, sostenido la acción o participando de manera muy directa en los acontecimientos transformadores de nuestra patria. Dos de esos mexicanos, ilustres por muchos conceptos; los maestros Manuel Martínez Báez y José Angel Peschard han cumplido 50 años de haber ingresado a esta Corporación.

Don Manuel Martínez Báez es ejemplo de fidelidad a una vocación de servicio médico. Desde los años veinte asiste al Instituto Pasteur y decide una carrera en la salud pública amén de una devoción al fundador del Instituto. La observación de una microfilaria en la cámara anterior del ojo de un enfermo oncocercoso, suscita en él un interés por el estudio de este flagelo de nuestra patria. La epidemiología, la morfología del parásito, la patología y la historia de la enfermedad, las cultivó por más de 50 años.

En 1939, es fundador y primer director del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales; en los cuarentas ocupa la subsecretaría de Salubridad y como embajador de México en la UNESCO interviene decisivamente en la fundación del CRE-FAL (Centro Regional para la Formación de Maestros en América Latina) en Pátzcuaro.

En los años cincuenta, el Maestro es uno de los responsables de la operación de la Campaña Na-

cional para la Erradicación del Paludismo. A sus esfuerzos debemos que no haya mortalidad por paludismo, así como el desarrollo económico de más de 60 por ciento del territorio nacional.

Ha servido en el Consejo de Salubridad General, es profesor emérito de la UNAM y miembro honorario de nuestra Academia, de la que fue presidente en 1945-1946.

Por tener el privilegio de su amistad y conocer algo de su recia personalidad me es fácil imaginar cómo fue aquel grupo de liberales: Melchor Ocampo, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto y Sebastián Lerdo de Tejada a quienes el pueblo llamaba "Los incorruptibles".

Don Angel Peschard ha transitado otro camino; después de graduado volvió a su nativo Durango, en donde hizo realidad el deseo de nuestros fundadores, i.e.: que un grupo de académicos distribuidos en el ámbito nacional informaran las características de nuestra variada patología y contribuyeran al progreso de la medicina.

Peschard se convirtió en la figura médica de Durango, elevó la calidad y nivel profesional del ejercicio profesional, fue responsable de la fundación de la Facultad de Medicina de Durango, institución modelo en muchos aspectos, entre otros, el Departamento de Ciencias Básicas. Ha cultivado el estudio de la antropología física en el que ha hecho contribuciones importantes.

Su labor cotidiana en el ejercicio de la profesión a lo largo de casi 60 años le han valido el respeto y estimación de sus colegas y coterráneos; en los últimos años ha sido un entusiasta promotor de los círculos de estudios.

La Academia Nacional de Medicina hace patentes a nuestros ilustres homenajeados la admiración por su trayectoria, tan fecunda en nobles realizaciones y hace votos por su ventura personal. Son ejemplos a seguir para las generaciones presentes y venideras.